



**LA EDUCACIÓN EN ADAM
SMITH: OTRA RIQUEZA
DE LAS NACIONES**

Sergio Rengifo

LA EDUCACIÓN EN ADAM SMITH: OTRA RIQUEZA DE LAS NACIONES

Resumen: uno de los temas menos explorados en la obra de Adam Smith es la educación. Tomando como inicio un aparte de su libro *La riqueza de las naciones*, el presente trabajo se propone explorar sus reflexiones acerca de esta cuestión, tanto en la parte dirigida a la juventud como a la del público en general, haciendo énfasis en los principios siempre defendidos por Smith, como lo son: la libertad, la autonomía, los incentivos y estímulos, las relaciones entre el individuo y la comunidad y su retroalimentación, que son la base de una educación ciudadana útil a la sociedad. De igual forma, se analiza el papel de la religión como orientadora de los pueblos, y la necesidad que tiene el Estado de influir en ella sin llegar a controlarla o dirigirla, para que la difusión religiosa no opaque o amenace la estabilidad de una nación.

Palabras clave: Adam Smith, Filosofía, Economía, educación, liberalismo.

THE EDUCATION IN ADAM SMITH: OTHER WEALTH OF NATIONS

Abstract: One of the topics less explored in Adam Smith's work is the education. Taking an excerpt from *The Wealth of Nations* as a point of start, the present essay wants to explore his thoughts about this question, as the part concerned to education of youth instruction and of people of all ages, making an emphasis on the sempiternal principles defended by Smith, like the liberty, autonomy, the incentives and stimulus, the relations between the individual and society and its feedback, all that is base of citizenship education. In addition, it analyzes the role of religion as a guide of the people, and the necessity of the State to make an influence over it, influences it instead of controls it or directs it, with the purpose to avoid the religious speech darks or threats the stability of a nation.

Key words: Adam Smith, Philosophy, Economy, education, liberalism.

Fecha de recepción: febrero 20 de 2009

Fecha de aceptación: agosto 28 de 2009

Sergio Alejandro Rengifo Niño: Estudiante de Maestría en Historia Universidad Industrial de Santander. Economista, Universidad Cooperativa de Colombia, Seccional Bucaramanga, 2007. Principales líneas de investigación: Teoría económica, pensamiento económico, cooperativismo, medio ambiente, historia política y económica.

Correo electrónico: rengifos@gmail.com

LA EDUCACIÓN EN ADAM SMITH: OTRA RIQUEZA DE LAS NACIONES

El estudio de la obra de Adam Smith (1723-1790) es bastante amplio, especialmente por sus aportes a la ciencia económica, y sus discusiones acerca de la teoría del valor, la división del trabajo, el papel del comercio y de la intervención económica del Estado en la sociedad. También reconocido, incluso, iniciador de la economía como disciplina científica (Samuelson, 1996, p.XXVII); igualmente, el principal representante de la llamada escuela clásica. De la misma manera, fue un profesor destacado, especialmente en el área de la filosofía moral, principalmente en la Universidad de Glasgow, de cuya vasta experiencia surgió el libro *Teoría de los sentimientos morales* (1759), donde expone parte de su fundamentación teórica acerca de lo que le es más conveniente al individuo para lograr su felicidad y su realización completa, a través del manejo de sus sentimientos, que son siempre cambiantes y se derivan hacia causas eficientes.

El énfasis del estudio de la obra smithiana se dirige y enfoca especialmente hacia las cuestiones económicas y sociales, así como a las implicaciones que sobre el individuo tiene el conjunto de sus escritos. Sin embargo, existe un aspecto que es poco tocado por las investigaciones e indagaciones, es lo relativo al tema de la educación, que Smith trata en dos apéndices del Libro V de su obra cumbre *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), o simplemente *La riqueza de las naciones*, donde le da cuerpo a sus ideas sobre la economía y la sociedad, y configura lo que será la economía como ciencia. En los citados apartes del Libro V, el autor expone de manera cruda pero contundente la situación de las escuelas y universidades de su tiempo, a la vez que hace recomendaciones y esboza una teoría general de la educación, además de su origen y formas de financiación.

Si bien es cierto que Smith pudo haber ordenado mejor sus ideas, (esto se observa al notar que un asunto tocado de manera breve y suelta en un aparte de la obra, es retomado profunda y conexamente páginas después, lo que produce una sensación de saltos en el lector) y que muchas de las críticas ya habían sido

formuladas por otros, el mérito del autor es condensar los temas de una forma que permite observarlos como un todo para un análisis del complejo estado de la educación en su tiempo, y de cómo se podría mejorar tal estado, de manera que sirviera tanto a la sociedad como al individuo. Los apéndices del Libro V de *La riqueza de las naciones* que tratan estos temas son los artículos II y III de la tercera parte del capítulo primero (que alude a los gastos del soberano), que corresponden, el primero de ellos, a las de la enseñanza de la juventud y sus gastos, y el segundo a las instituciones dedicadas a la instrucción de gentes de todas las edades, que constituye el eje, junto con la *Teoría de los sentimientos morales*, del estudio del tema del pensador. Sobre estos apartes debe girar el análisis o la indagación que suscite la curiosidad del investigador.

1. ADAM SMITH: UNA VIDA, UNA ÉPOCA, UN DOCENTE

Como todas las obras que perduran en el tiempo, no son sólo fruto de un hombre, sino de unas condiciones históricas, sociales y ambientales presentes en una época determinada (Franco, 1997, p.VI). No sólo nace y crece Smith en un momento privilegiado, durante el llamado Siglo de las Luces, en el auge del ilustracionismo y el surgimiento de la investigación científica, sino que absorbe el bagaje cultural de Escocia, en especial de Francis Hutcheson, su profesor de filosofía moral en la Universidad de Glasgow, y de David Hume, a quien conoció cuando era profesor ayudante de cátedra en Edimburgo y quien ejercería una productiva influencia intelectual sobre él.

Su venida al mundo se produjo en Kirkaldy (Escocia), el 5 de junio de 1723, un pueblo costero, dedicado a las actividades marítimas, la agricultura y a una incipiente manufactura (Franco, 1997, p.VI). Estudia en la Burgh School de Kirkaldy, una de las mejores de Escocia. Posteriormente se traslada a Glasgow, en 1735, donde primero ingresa al College y luego a la Universidad; allí permanece hasta 1740. Además de la gran influencia ejercida por Hutcheson, quien lo inició en la indagación acerca de si podemos o no reducir nuestros sentimientos morales a la simpatía, recibe grandes enseñanzas de Simson, matemático, y Dunlop, helenista. La combinación de una sólida formación en el campo de la filosofía, sumada a un conocimiento de la lógica matemática y un temprano amor por la cultura clásica, dieron la base para un profesor y un teórico que abarcó en su desempeño una evidente comprensión y absorción de grandes áreas del conocimiento. Aquí, debería preguntarse si las condiciones actuales de enseñanza de la ciencia, donde se privilegia un saber extremadamente específico y con una delimitación que impide una comprensión compleja de las cuestiones básicas de una determinada área, han influido sobre la pobreza conceptual y de aporte intelectual que es evidente en muchos trabajos de las disciplinas sociales de los últimos veinte años.

Consigue una beca para estudiar en el Balliol College de Oxford, una institución de mediano nivel, en la cual no hay demasiado interés por la investigación o la docencia. La observación del panorama de aquel lugar, y de otros similares, inspira y es descrito crudamente en el artículo II de la tercera parte del capítulo primero del libro V, aquél dedicado a las instituciones que imparten enseñanza a la juventud. Smith era un profesor estricto, y prueba de ello era que prefería alejarse de un cargo antes de faltar a alguna clase, aun si las directivas fueran comprensivas con sus diversas ocupaciones (Franco, 1997, p.IX). En estos años cultiva el estudio del latín y el griego, así como de la literatura inglesa y francesa. Su estancia se prolonga hasta 1746, cuando regresa a Escocia con su madre, donde permanece dos años.

Posteriormente se traslada a Edimburgo, donde es profesor ayudante de cátedra entre 1748 y 1751, y enseña literatura inglesa y lógica. De este tiempo es el inicio de su amistad con David Hume. En 1751 fue llamado a reemplazar a un profesor de lógica en la Universidad de Glasgow, para luego ser nombrado titular, a la muerte de éste, y permanecer trece años más en esta universidad, los mejores de su vida, según su propio relato (Franco, 1997, p.VIII), pues la ciudad no sólo vive un desarrollo comercial y manufacturero importante, sino que son muy apreciadas las artes y la literatura.

En 1759 publica la *Teoría de los sentimientos morales*, que le consagra ante el público, pues desde el principio fue reconocida como una gran obra, donde su autor explora los motivos que guían la acción humana, en especial, lo que concierne al peso moral de las actividades sociales.

Posteriormente, y por encargo de Townshed, conduce en un viaje por Europa al III Duque de Buccleuch durante dos años (1764-1766), que le permite entrar en contacto con los principales intelectuales de la *Enciclopedia* y con los fisiócratas: en Ginebra se rodean de intelectuales y nobles, y conoce a Voltaire, a quien siempre admiró; en París, visita Versalles, y entra en tratos con el barón de Holbach, Helvetius, Morellet, D'Alembert, Turgot (de quien recibe luego un ejemplar de *Memoria concerniente a los impuestos*) y Necker; igualmente visita al intendente de Limoges, pero la influencia de éste último no es clara, dado que su libro *Reflexiones sobre la producción y distribución de las riquezas* apareció tiempo después del periplo de Smith, y es poco probable que hubiera conocido la mayor parte del texto, aunque éste apareció en revistas publicadas anteriormente (Franco, 1997, pp.IX-X). Smith disfrutó mucho esta travesía, se sentía a gusto en el ambiente intelectual parisino, aunque no lo suficiente para decidir residenciarse allí. Quizás, hasta el siglo XX, con sus vanguardias y sus *ismos*, no hubo en Francia una constelación de pensadores tan diversos y revolucionarios como aquellos años de la mitad del siglo XVIII, que dieron origen a una concepción nueva del Estado, la sociedad y la ciencia e impulsaron la búsqueda del ser individual, sobre las bases del entendimiento y la razón, por fuera de las convenciones religiosas y el sometimiento arbitrario a una única figura gobernante, con una creencia firme

en la libertad y en la iniciativa de las personas; el liberalismo, la expresión de una democracia y una sociedad moderna, del cual Smith es un excelso representante, que surgió en aquellos años y cuya influencia ha sobrevivido casi tres centurias. De regreso a Escocia, en 1767, reorganiza sus notas y, luego de dos años de encierro, viajes a Londres y correcciones, entrega al editor la obra que le consagrará. El libro, sin embargo, sufre una serie de reelaboraciones durante los siguientes años. Finalmente, el 9 de marzo de 1776, en dos volúmenes, bajo el editor londinense Strahan, con un precio de 1,16 libras cada uno, sale a la luz *La riqueza de las naciones*, la obra que marcaría el curso de la teoría económica durante los siguientes doscientos años. Fue reconocido inmediatamente como un producto excelso, prueba de ello fueron las cinco ediciones que aparecieron en vida de Smith, en un lapso menor de 15 años. En síntesis el libro describe al trabajo como la fuente de riqueza principal, y a la iniciativa individual, acompañada de un ambiente social propicio, la principal fuerza motora de la economía.

En 1777, lord North le nombra inspector de aduanas, con un importante ingreso. La Universidad de Glasgow lo elige rector en 1787 y lo reelige en 1789, en un acto de reconocimiento a sus méritos, que lo han de llenar de satisfacción. Estos ejemplos muestran que no fue un teórico estéril, sino que supo combinar la labor de la academia con las cuestiones prácticas propias de los cargos públicos y directivos. En sus últimos años se dedica al descanso y a frecuentar las sociedades científicas y académicas, como la Royal Society of Edinburgh, que fundara con Robertson en 1783. Adam Smith nunca se casó, y vivió gran parte de su vida con su madre, quien alcanzó la avanzada edad de noventa años, y con otros familiares.

Muchos estudiosos han señalado el carácter retraído y meditabundo de Smith; de hecho, se podría afirmar que sufría del *síndrome del profesor* (Ekelund y Hébert, 1992, p.105). Frecuentemente se abstraía de un modo tal que olvidaba dónde se encontraba, que le producían algunos inconvenientes durante los servicios religiosos, y, en alguna ocasión, se asegura que caminó durante 15 millas vestido sólo con el camisón de dormir, antes de que las campanas de la iglesia del pueblo vecino le despertasen (Ekelund y Hébert, 1992, p.105). Sin embargo, tal situación no evitó que fuera un gran conferencista, un expositor claro de sus ideas y un interlocutor válido en los ambientes de los salones intelectuales del siglo XVIII, como lo prueban las continuas y notables amistades que tuvo con muchos e ilustrados contemporáneos, además de la bien ganada fama que tenía en las universidades donde dictó (y sentó) cátedra.

Su carácter tampoco incidió sobre sus actuaciones profesionales, a pesar de que muchos lo acusen de ser dejado y distraído en los asuntos prácticos, pues no compagina con la época cuando vivió y la gran estima que tuvo entre distintas personas. Igualmente, en los cargos en la Universidad de Glasgow (Questor, Decano de la Facultad y Vicerrector, además de Rector), se desempeñó sin mancha y muchas veces se le encargaron asuntos de negocios de la institución,

los cuales supo manejar con altura. De igual manera, en su vida personal logró hacerse a una existencia holgada y si afanes, a pesar de que nunca amasó una gran fortuna, en parte, debido a su filantropía, en parte, a que su principal ingreso era el de ser profesor (Franco, 1997, pp.XI-XII).

2. LAS INSTITUCIONES DEDICADAS A LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

El principal eje de estas instituciones es el estímulo. Allí radican las fortalezas, y también las debilidades, de un sistema educativo. De entrada, Smith afirma que la universidad debe ser autosostenible, pues sus rentas deberían provenir, especialmente, de lo que los alumnos pagan a sus maestros, aunque no es enteramente forzoso que tal hecho excluya una parte que provenga de las arcas del Estado que no le signifiquen mayor egreso, como, por ejemplo, recaudos locales o provinciales, o los réditos de algún inmueble. Esta afirmación la sustenta Smith en una razón poderosa: las instituciones que deben su prestigio al trabajo e iniciativa de sus docentes y estudiantes son aquellas cuyo único capital proviene de tal fama, es decir, que sus ingresos están en relación con sus méritos, sin que medie mayor interferencia, como serían las becas o los sueldos a los profesores, pues éstos alteran esta relación. No se trata, como se ha hecho ver, de una lucha sin fin entre distintos entes, sino de evitar que las ayudas, estipendios y becas afecten seriamente la decisión autónoma que tome cada persona con respecto a su educación; se da el caso de que muchos estudiantes acuden a una determinada institución sólo por el beneficio de sus becas, las cuales únicamente pueden ser usadas en ésta, obligando así al estudiante a elegir por conveniencia forzada. Smith aboga porque las fundaciones dejen en libertad a sus patrocinados de escoger el lugar donde desean estudiar, de manera que sólo la localidad primaría entre ellas (Smith, 1997, p.674); tal es la forma como hoy funcionan muchas de estas fundaciones, caso ICETEX o Colfuturo.

El sueldo de los profesores, aunque les sirve de sustento, y es válido en este aspecto, cuando se convierte en la única entrada por su trabajo, se transforma en una excusa para la relajación y el descuido, pues no está sometido al escrutinio de los alumnos. De igual forma, anima a que los estudiantes sean quienes escojan a sus maestros, pues cuando son impuestos, y existen casos de abuso e ineptitud, y no se puede cambiar de profesor sin permiso, lo único que esto logrará será bajar los logros del profesorado y distraer la atención de los educandos de sus clases. En este tipo de profesores, su aplicación al deber baja, y sencillamente se limitan a copiar sus lecciones de los libros o de leerlas directamente, en un nivel similar al de aquellos sometidos al sueldo. Muchas universidades colombianas continúan en la terquedad de tener únicamente un par de opciones para los estudiantes, los obligan a escoger en medio de ninguna opción, bajan su iniciativa y su entusiasmo por determinadas

materias o asignaturas, que podrían resultar cruciales en la formación profesional. En cuanto a la disciplina, ésta se establece para comodidad de los maestros y directivas, no tanto para el beneficio de quien estudia. Se trata de robustecer la autoridad del maestro, sea o no eficiente en su trabajo, y de someter a los alumnos, sea cual fuere su condición; este pensamiento supone que los profesores son sabios y virtuosos, y los alumnos, torpes, ignorantes e ineptos, aunque es bien sabido que cuando las lecciones son interesantes y valiosas, no hay necesidad de que medie tal disciplina. Smith reconoce que la disciplina en los escolares de edad temprana es necesaria para aplacar su espíritu y aconductar su comportamiento, pero que tales métodos de coerción son innecesarios en los jóvenes mayores de 13 años (en aquella época, una edad madura), pues ya hay un interés por el estudio, si el maestro logra despertar en ellos tal interés (Smith, 1997, pp.674-676), puesto que los jóvenes son bastante comprensivos, y pasarán por alto las faltas de sus maestros, con tal de que les enseñe algo que pueda serles útil.

Smith considera que en la educación pública es poco lo que se aprende, puesto que su manejo y calidad se encuentran muy por debajo de las lecciones particulares. Esto se debe a que, seguramente, en tal época dichas instituciones no se encontraban a tono con las necesidades y exigencias de la sociedad. Por ello, aunque en las lecciones y escuelas particulares no se aprendiera mucho, esto quedaba de una forma más permanente y útil que lo enseñado en una escuela pública.

Sin embargo, el autor en cuestión no es completamente opuesto a la educación pública. Admite su necesidad para las clases menos favorecidas de la población, ya que ellas merecen mayor atención por parte del Estado, debido a que las personas de las capas altas pueden vivir y ser entrenados en los negocios de sus padres, amigos y familiares, algo que no pueden hacer las clases inferiores, pues apenas tienen tiempo de educarse antes de salir a ganar la subsistencia. En tales condiciones de desigualdad, se hace necesaria la intervención del Gobierno para evitar una corrupción generalizada o la debacle del pueblo. (Smith, 1997, p.687) Por ello, deben ser capaces de tener las mínimas habilidades, o algo más si es posible, para defenderse en la vida, y la sociedad debe colaborar en brindarles tal oportunidad (Elton, p.235). “El Estado podría facilitar esa educación”, afirma Smith, “estableciendo en cada parroquia o distrito una pequeña escuela, donde pudiesen ser instruidos los niños mediante un moderado estipendio, cuyo pago estuviese inclusive al alcance del más humilde jornalero, recompensándose así el trabajo del maestro, en parte, por la sociedad, y en parte, mediante aquel estipendio, ya que si todo el sueldo corriese a cuenta de aquélla, muy pronto el maestro desatendería sus obligaciones” (Smith, 1997, p.690). El modelo de este tipo de escuela está inspirado en las *Escuelas de Caridad* de Escocia e Inglaterra, pertenecientes a un condado y promovidas por el público y el Estado. No hay claridad en el texto de Smith sobre el funcionamiento exacto de estas escuelas aunque, según el modelo escocés de la época que se ha podido reconstruir, el costo de los edificios de estos colegios en cada distrito rural era financiado por

impuestos a los herederos y arrendatarios locales, mientras que en las ciudades era pagado con fondos municipales (Elton, p.236). Nuevamente vuelve Smith a insistir en evitar que los maestros dependan únicamente del sueldo, pues desatenderían sus obligaciones, y un pequeño aporte de la comunidad y de los padres a la escuela hará que la valoren y sientan como suya, en vez de ser sólo una obligación del Estado, como sucede en la actualidad; es el incentivo, el estímulo a ser propietarios o sentirlo como propio, lo que induce a cuidar los bienes públicos.

Smith introduce un contraste en la división del trabajo: a la vez que genera una especialización del trabajo y promueve una mayor productividad en la sociedad y la generación de riquezas superiores, también limita la experiencia del hombre como ser, ya que su trabajo se vuelve repetitivo y monótono acentuado en labores y empleos simples y rutinarios. Pues este hombre, inmiscuido en sus tareas diarias, no le es posible comprender la grandeza de su deber como ciudadano, y como integrante de su país, lo cual le hace olvidar la defensa de su territorio y, para su acomodo, evitar la disciplina necesaria en la guerra, dando preferencia a la comodidad de su trabajo. De esta forma, su destreza en una labor específica es adquirida a costa de sus virtudes morales, sociales, intelectuales y de defensa, lo cual resulta notorio en las clases bajas de la sociedad, a menos que el gobierno se empeñe en impedirlo, brindándole una educación que lo haga miembro activo y respetable de su comunidad y que eleve su calidad de vida, pues la indiferencia, apatía e ignorancia de tan superficial vida no sólo quedan en los asuntos públicos, sino que se trasladan a su vida privada y lo denigran como persona (Smith, 1997, pp.687-688). Lo que en la teoría marxista se conocería como *alienación*, ya había sido descrita por Smith casi cien años antes de Marx. Un concepto que se había manejado como una aportación original marxiana (y arma de batalla de muchos intelectuales marxistas), se encuentra expresado de manera estupenda en el trabajo smithiano, de carácter liberal y burgués, cuya influencia en esta área es poco o nada referida por el propio Marx y por muchos de sus destacados estudiosos.

Se critica que la visión de Adam Smith sobre la educación estaba centrada o enfocada hacia la satisfacción de las necesidades del sistema económico, lo cual no es del todo cierto. Si bien reconocía la necesidad de una instrucción que generara las herramientas necesarias para desempeñar un oficio útil en la vida, su mayor preocupación en este campo era que aquellos educandos pudieran ser capaces de defender la sociedad y su país, de manera que ejercieran responsablemente su ciudadanía, y que demostraran su afecto y compromiso patriótico; en últimas, se trataba de una educación ciudadana, dirigida al individuo para hacerlo mejor persona y mejor miembro de una sociedad (Elton, p.239).

La visión de la educación de Smith parte del análisis que hace de las dos escuelas de la antigüedad, como lo son la griega y la romana. De la primera afirma que sus pilares fueron la gimnástica, que fortalecía el cuerpo y el espíritu y preparaba para las artes de la guerra, y la música, que humanizaba el espíritu, suavizaba el

temperamento y preparaba a las personas para cumplir mejor sus obligaciones sociales y morales tanto en la vida pública como privada; esto los hizo fuertes en la contienda bélica y cultivados en las artes. En cuanto a la educación romana, el Campo de Marte era el equivalente de los Gimnasios griegos, pero no hubo en Roma algo parecido a la educación musical, mas no fueron los romanos personas que tuvieran un menor nivel de vida o alcanzado un grado de civilización menor que el de los griegos; de hecho, existen testimonios como los de Polibio y Dioinasio de Halicarnaso, citados por Smith, que demuestran una superioridad del desenvolvimiento de la vida pública y privada de los romanos sobre los griegos. Smith atribuye las ponderaciones de la educación musical a la labor civilizadora a un rezago de los primeros tiempos de las sociedades griegas, cuando la música y la danza eran las diversiones principales y los mejores medios de interacción pública y privada, por lo que su influencia se extendió por tradición y legado, hasta convertirse en una institución dentro de la cultura (Smith, 1997, p.682). Las actuales teorías y experiencias dentro del arte y la música (eventos al parque en Bogotá, las tomas culturales de los municipios, la recuperación artística de los espacios públicos, etc.) contradicen en parte la versión de este pensador, aunque apelan al origen de la manifestación artística como integrador de la comunidad, señalada por Smith, para, desde este punto de partida, repensar las ciudades y las poblaciones y tomar acciones para su mejoramiento. En este punto es posible pensar en una influencia de la época, pues muchos científicos y pensadores del siglo XVIII, entre ellos el barón von Humboldt, relegaban a la música y a la danza a *artes menores, mero divertimento o actividades ociosas y perjudiciales*.

Ninguna de estas actividades fue promovida o patrocinada por el Estado, ni en Roma ni en Atenas, como tampoco lo fueron la filosofía y la retórica en las ciudades griegas, cuando tomaron auge y surgieron escuelas de estas áreas del conocimiento. De hecho, muchos filósofos y retóricos tuvieron que mudarse y trasladarse continuamente a diferentes lugares durante los primeros años de estas ciencias, pues su demanda era tan pequeña, que poco alcanzaba para cubrir la subsistencia (así vivieron Zenón de Elea, Protágoras, Gorgias y otros) Cuando las escuelas aumentaron sus alumnos y pudieron establecerse, lo hicieron por mérito propio, pues no recibieron ninguna ayuda estatal, como no fuera un lugar asignado para su labor, cosa similar al terreno cedido para el Campo de Marte en Roma. No era obligación asistir a la escuela de filosofía para ser reconocido como un ciudadano honorable, ni sus maestros recibieron nunca un sueldo del Estado; únicamente la necesidad de adquirir un mayor conocimiento y el premio a la enseñanza representado en el pago a los filósofos y teóricos eran los únicos estímulos a la asistencia a dichos centros. Con todo lo anterior, Smith consideraba este sistema de educación de un grado superior al de su tiempo, puesto que lograba dejar una enseñanza y una formación permanente en el estudiante, y un compromiso en el maestro, alejado de la comodidad, facilidad y dejación que caracterizaba las universidades y las escuelas del siglo XVIII, que él atribuía a la estructura del sistema educativo (Smith, 1997, pp.684-686).

Queda por decir que Smith no era un resentido o un desagradecido con las universidades donde se educó y enseñó, sino un pensador preocupado y comprometido con el bienestar general y de los individuos en sí, que ve en la educación una forma de resolver los conflictos y problemas de la sociedad. Es el perfeccionador de un liberalismo parsimonioso, en el que se fomenta la justicia como equidad e igualdad como condición necesaria de la democracia. A lo anterior, se suma que un pueblo educado logrará salvarse de la ligereza y la superstición, que son males que trastornan la vida de las naciones. Smith incluye una frase, para concluir este apartado, que se convirtió en una máxima a través de los siglos: "Un pueblo inteligente e instruido siempre será más ordenado y decente que uno ignorante y estúpido" (Smith, 1997, p.692).

3. LAS INSTITUCIONES DEDICADAS A LA INSTRUCCIÓN DE LAS GENTES DE TODAS LAS EDADES

Smith establece que el mejor ente que se puede dedicar a la instrucción de las gentes de todas las edades es aquél dedicado a la enseñanza religiosa, representado en la figura de la Iglesia (Smith, 1997, p.693). Su función no es tanto formar hombres y mujeres de bien, sino prepararlos para merecer la otra vida. En este punto Smith vuelve nuevamente a la situación tratada con la educación de los jóvenes: el papel del Estado, y las situaciones a que se ven enfrentadas las instituciones en una dinámica social. En primer lugar, analiza lo que sucede cuando una religión se encuentra establecida y reconocida por una sociedad y por el Estado, y resulta ser presa fácil de las doctrinas contrarias, puesto que siempre ha sido más fácil atacar lo que ya está, debido a la evidencia de sus fallos y falencias, que prevenir sobre algo reciente, de lo cual no se conoce mayor cosa que lo que afirman sus defensores, aun cuando la prudencia y la ilustración estén de parte de lo establecido, pues el fanatismo y la histeria propias de los detractores les hacen ganar más adeptos dentro de las personas de las clases bajas de la sociedad (Smith, 1997, p.693). Esto sucedió con la iglesia católica, durante la Reforma, pues la situación favoreció que las personas del pueblo se fuesen por las nuevas teorías, en vista de la debilidad institucional del catolicismo. Una de estas debilidades fue la abundancia y derroche de recursos con que contaba.

Existen algunas artes y actividades que deben ser subvencionadas por el Estado, pues su importancia social es enorme, pero su remuneración dentro de la economía no lo es tanto, y allí debe actuar el Gobierno con su capacidad ejecutiva. La cuestión de si el apoyo estatal o gubernamental debe llegar a la Iglesia como estamento social, Smith la zanja con un rotundo no, pues esto sólo hacía al clero más poderoso de lo que ya era por su influencia espiritual sobre las personas, además de constituirse en una amenaza la misma existencia del

Estado. El autor hace remembranza de la Edad Media, cuando el poder de la Iglesia llegó a niveles en los que su tenencia de tierras y de almas superaba, en muchos casos, los de nobles y aún los de reyes (Smith, 1997, p.703). En aquella época el Papa estableció los llamados *beneficios consistoriales*, que no eran otra cosa que la recolección del tributo a la Iglesia para administrarla ella misma; como el pago se hacía generalmente en especie, los eclesiásticos no daban abasto con todas las cosas que recibían, por lo que lo repartían entre los fieles viajeros y los más necesitados (de allí surgió la hospitalidad tradicional de la Iglesia) Muchos caballeros iban de monasterio en monasterio, no tanto para demostrar su fe, sino para ser atendidos tan amigablemente como lo eran en tales sitios (Smith, 1997, pp.704-705). Un control tal sobre almas, tierras y bienes daba un poder extraordinario, que era reforzado por un ejército singular: era más fácil llamar a defender la fe y la Iglesia, que a un príncipe o un territorio, pues las personas de menos educación y preparación estaban más influenciadas por la diatriba del clero que por razones lógicas o sustentadas de otros agentes; de hecho, cualquier amenaza al poder eclesiástico era vista como una herejía o una falta de fe, incluso si era asunto más de superstición o de obcecación por parte de la Iglesia, y en ocasiones, varios gobernantes pagaron con su vida tal afrenta (Smith, 1997, p.701). Por estas razones, Smith consideraba este fenómeno como “la combinación más formidable contra la libertad, la razón y la felicidad del género humano” (Smith, 1997, p.706).

Pero el avance de las manufacturas, las artes y el comercio detuvo este proceso. Como empezaron a existir mayores bienes y mercados donde intercambiarlos, pues muchos miembros de la Iglesia comenzaron a cambiar lo recogido por bienes, lujos y diversiones para sí mismos, en lugar de revertirlo en atenciones al prójimo. Pronto tanto derroche empezó a ofender al pueblo llano, educado, como es más conveniente, en una moral rígida y austera, pues por su condición son más propensos a sucumbir ante los excesos y la vida disipada, cosa contraria a la moral de las gentes de mundo, adoptada por las clases altas, pues su mejor condición y preparación ante la vida les permite manejar mejor tales situaciones. De allí que surgiera un resentimiento y una inquina contra la Iglesia, que pronto se vio transformada en odio a tal situación, que fue aprovechado por los soberanos de las naciones para reducir el poder del clero en sus territorios (caso de Francia) y, posteriormente, por la Reforma para hacerse a adeptos y seguidores (Smith, 1997, pp.701 y 706).

El papel del Estado con respecto a la religión no puede ser el de reconocerla e imponerla, sino el de hacerla aliada y supeditarla a su poder, pues cuando se le deja a su libre albedrío, las peleas entre sus distintas facciones ocasionan fuertes desórdenes e inconvenientes a la sociedad. De igual forma, debe permitir una libertad de cultos lo más amplia posible, pues la mayor cantidad de creencias y religiones evitará que alguna pueda constituirse en una amenaza a la estabilidad de su mandato, en forma de concentración y disciplina de sus fieles, e incluso la más

fanática y cerrada de las sectas no pasará de ser un conjunto de baladronadas para un pequeño gremio. El Estado también debe acrecentar la educación en filosofía y ciencia, de manera que un gran número de personas transforme su pensamiento y se deshaga de las supersticiones y supercherías que traen algunas costumbres religiosas, y abrace la razón y la reflexión como guía de su vida. Una segunda forma de debilitar los fanatismos religiosos es que el apoyo estatal promueva de una manera activa las artes, las diversiones y el baile, pues estas actividades disipan la concentración permanente que exigen los líderes de las sectas para sus adeptos, y permiten que se difumine un posible intento de debilitar el poder gubernamental; igualmente, la diversión de las personas les permite olvidar sus problemas o postergarlos y enfrentar con mayores bríos los avatares de la vida, en lugar permanecer en una eterna melancolía y tristeza, situación que sirve de caldo de cultivo para los evangelizadores radicales y extremos, prometedores de paraísos imposibles.

Para terminar, Smith advierte que los grandes ingresos y el patrocinio estatal no son compatibles con una Iglesia eficaz y eficiente, puesto que esto hace al clero perezoso y cómodo, descuidando así, su labor principal, que es velar por el bienestar de los fieles. Cita el caso de las parroquias que viven principalmente de las limosnas y los aportes voluntarios, y son quienes más activas se mantienen, porque su labor visible es la que finalmente reconocen sus fieles; es, en una versión adaptada, el mismo principio que aplica con los maestros: el estímulo es el que condiciona el actuar (Smith, 1997, p.694). Este pensador defiende un ingreso justo para la Iglesia, ni poco ni demasiado, lo necesario para que su labor sea la más adecuada posible, pues si el ingreso es poco, no existe un incentivo para el trabajo, y si se da en exceso, se malgasta en vanidades (Smith, 1997, p.716). En cualquier caso, un sueldo ajustado permitiría que los hombres del clero pudiesen dedicarse a otras labores para complementar sus ingresos o hacer más atractivo su trabajo, como sería el de ser maestros en las universidades de su región, dada su alta educación, y así agregar un aporte social más a su misión (Smith, 1997, p.715).

4. LA EDUCACIÓN, RIQUEZA DE LAS NACIONES

La cuestión a la que alude el título de la investigación principal de Smith, *La riqueza de las naciones*, es el trabajo. A través del trabajo se unen los bienes primarios y la fuerza e ingenio de las personas para dar cuerpo a aquello que la sociedad y los individuos necesitan, siempre en consideración de unos intereses particulares que, al satisfacerse, logran satisfacer al conjunto social. Esta satisfacción aumenta en la medida en que se da una división y especialización del trabajo dentro de la comunidad, pues se puede atender más una sola labor que muchas al mismo tiempo (Smith, 1997, p.17). Smith se opone a los mercantilistas, pensadores que

opinaban que la riqueza estaba en atesorar bienes y metales preciosos para una nación, y a los fisiócratas, que encontraban en la tierra la base de la abundancia material, aunque les reconoce a estos últimos avances metodológicos y la importancia de un manejo adecuado de la propiedad agraria.

Sin embargo, ésta no es la única riqueza que se puede leer en la obra de Smith. Dentro de una concepción sistémica, el autor avanza en el análisis social y la importancia de una instrucción y una dirección de los sectores más vulnerables de la sociedad, como lo son la juventud y las capas bajas de la sociedad. Reconoce que no es sólo la generación de una opulencia o una abundancia de bienes y servicios, sino que existe la necesidad de elevar el nivel intelectual y de beneficio moral de una sociedad para su real avance hacia la prosperidad y unas condiciones de vida digna. Entonces, no se trata únicamente del ingreso por un trabajo y de la renta derivada inversiones razonables, ambas sin duda de vital importancia; el concepto de una sociedad rica es el surgimiento de un conglomerado que se supera a sí mismo, en el cual lo material ayuda al progreso colectivo y a mantener unos márgenes mínimos de orden y decencia, ausentes en una sociedad carente de satisfactores y satisfacciones plenas. Esto, que parecería lejano al ámbito de la economía, está desde un principio en la base y centro de su disciplina, aunque sólo recientemente se hubiera retomado su estudio (Sen, 2000, p.42).

La educación aparece, entonces, como un componente más de la abundancia de un país. El acervo de conocimiento y su uso práctico salvan al individuo de quedarse en un plano unidimensional, el de sus labores cotidianas, y puede permitirse una experiencia vital más amplia y provechosa, que redunde en un beneficio para su familia, y, por extensión, para la sociedad. Así mismo, una educación enfocada hacia las necesidades de la comunidad y del individuo, les permite a las personas ser capaces de desenvolverse adecuadamente en la vida práctica y ganarse un sustento digno de sus condiciones.

Aunque Smith no previno (no tenía cómo o por qué) el advenimiento de una *sociedad del conocimiento* (donde se exigen altos grados de preparación académica y una educación de calidad para lograr altos desempeños profesionales y económicos), que se estableció en el mundo en los últimos treinta años, su preocupación por la instrucción de la juventud y la importancia de ésta en la guía de toda la población, señala que podía ver que ésta era una de las principales aristas de una agrupación social compacta y próspera, y que marcaba diferencias en el avance y la conservación de una organización armónica entre distintos pueblos. En la actualidad, países como Suecia y Noruega marcan la pauta en cuanto al desarrollo integral de sus comunidades, a pesar de tener menores recursos físicos que los demás, debido a una protección permanente de los derechos fundamentales de los individuos, entre ellos, el del acceso a una educación completa y de calidad. No obstante, este fenómeno no es nuevo: desde finales del siglo XIX y principios del XX, los países que invirtieron en una educación accesible a todas las capas de la

población y redujeron la influencia eclesiástica sobre la población, como Inglaterra y Estados Unidos, lograron avances importantes y ponerse a la vanguardia de las sociedades que marcaron el rumbo del mundo en la última centuria. En 1900, Colombia tenía la tasa de analfabetismo más alta de América Latina, con un 66% de la población adulta sumida en ella, 20% más alta que la de Argentina; además, en ese mismo año, el porcentaje de alumnos matriculados dentro de la población total fue de 3,5%, muy por debajo de Argentina (8,4%), Costa Rica (6,1%) y Chile (5,3%) (Ramírez y Téllez, 2007, p.462). No hay que ir muy lejos para reconocer uno de los principales factores de inequidades, desigualdades y exclusión en la nación colombiana, cual ha sido el de la falta de una política educativa clara y amplia de los gobiernos colombianos del último siglo para beneficio del individuo y la población.

Colombia está en mora de adoptar muchas de las recomendaciones de A. Smith, especialmente en el tema de la calidad educativa. Aunque se ha avanzado en la cobertura y hoy las tasas de analfabetismo de la población son menores que hace cien años, aún permanecen rezagos de sectores sin ninguna instrucción formal ni ilustración mínima, que disminuyen las posibilidades de desarrollo personal y familiar y se convierten en un problema de atención social. Por otro lado, los excesivos beneficios dados al sindicato de educadores lo han convertido en un sector más afín a la lucha política y la consecución de privilegios, que en un conjunto de desarrollo y dinamismo del sistema educativo: urge, entonces, reformular tales beneficios y estímulos y atarlos a un mayor compromiso de parte del magisterio con el desarrollo de pedagogías novedosas y eficientes y de los docentes universitarios con la investigación, la docencia activa y la extensión hacia la comunidad. Finalmente, si bien es cierto que la situación financiera de muchos no permite colaborar en forma permanente con los colegios e instituciones educativas del sector público, sí es posible que una mínima cuota contribuya a que la comunidad local se apropie de estos centros y los cuide en mayor grado; y atar las ayudas y subvenciones, así como la posibilidad de recibirlas, a los colegios privados a altos estándares de calidad y a un compromiso social con la libre elección del individuo e inculcar así de un comportamiento socialmente responsable.

CONCLUSIÓN

La obra de Adam Smith siempre ha estado relacionada con los aspectos económicos más tradicionales (elección, papel del Estado, generación riquezas, trabajo, etc.) y con una parte básica de su filosofía, en lo concerniente a los estímulos y las decisiones, y a qué tan morales son estas últimas bajo conceptos de eficiencia y conveniencia personal. Pocas veces se le había visto integrar estas cuestiones con el tema educativo, y cuando se analiza tal área, el resultado es una relación directa y cercana con los supuestos que maneja en las demás partes

de sus escritos. Para Smith, el tema educativo pasa por los estímulos, por hacer agradable y desafiante el estudio y la instrucción a los jóvenes y niños, y no sólo para complacer la autoridad de maestros e instituciones, muchas tan deficientes que son ellas mismas las que generan el desinterés y la indisciplina de sus alumnos. Por esos mismos estímulos es que el gobierno de la localidad debe limitar los privilegios de las escuelas, y destinar que se compartan sus gastos en las escuelas, ya que la comunidad empieza a sentir como suyo el lugar, a cuidarlo mejor, y a exigir un mayor compromiso de todos. De igual forma, se debe cuidar el prestigio y el trabajo de una institución, pues ésta es la carta de presentación a la sociedad y su fuente principal de sobrevivencia.

La crítica de Smith hacia las instituciones educativas (especialmente las universitarias) radica en la falta de muchos profesores de un mayor gusto por la investigación profesional y la enseñanza apropiada. Esta situación se puede revertir con un mayor control propio y del gobierno, que permita que el entusiasmo y la dedicación sean constantes entre los estudiantes y profesores.

Queda claro que, para este pensador escocés, una educación de calidad y pertinente es requisito básico para una sociedad progresista y armónica, dado que el avance material debe ir acompañado de un crecimiento intelectual y ético que permita manejar tal abundancia. La educación ayuda al hombre con tareas rutinarias a sobrellevar y aportar a su vida personal, así como a brindarles a los jóvenes las herramientas y la disciplina necesarias para desenvolverse exitosamente en la sociedad y el trabajo. Igualmente, aporta orden social y capacidad de manejo de la libertad a los individuos. En últimas, la educación no sólo genera riqueza, sino es riqueza en sí misma, equiparándose al trabajo en este renglón.

El análisis de la educación en la obra smithiana parte de su observación sobre los aspectos educativos de Grecia y Roma, y muestra una preferencia por los segundos, ya que, a pesar de no contar con una educación musical o artística de reconocimiento, lograron alcanzar mayores niveles de civilización y respeto que los griegos, con quienes compartían la formación del cuerpo para el endurecimiento del carácter y las artes de la guerra. En ninguna de estas dos culturas existió un pago permanente o establecido para los maestros por parte del Estado o la obligatoriedad del estudio, y sólo la necesidad del conocimiento y el premio a la enseñanza representado en el pago a las lecciones de los maestros eran las circunstancias que motivaban y permitían el nacimiento de las academias y escuelas. Sin embargo, el filósofo y pensador escocés consideraba este sistema superior al de su tiempo, dado el nivel de desidia y desinterés que mantenía todo el conjunto, situación que podría resultar similar en la actualidad.

En cuanto a la educación para las personas de todas las edades, Smith considera que es la Iglesia la institución más adecuada para ello. Su función es la de preparar a los hombres y mujeres para el más allá, es decir, para trascender en este mundo

a través de sus acciones, y agregar el componente espiritual tan necesario a sus existencias. El Estado debe hacerla su amiga y evitar enfrentársele directamente, pues siempre perderá la batalla frente a los fieles. Se debe mantener a la Iglesia en un estado donde reciba lo necesario para sostenerse, lo justo para llevar bien su actividad, puesto que si recibe demasiado se volverá ineficiente y perezosa, y si recibe poco abandonará rápidamente sus labores para dedicarse a otra cosa. Además, es necesario permitir la mayor cantidad de cultos posibles, ya que tal medida dispersará a los creyentes y evitará que una sola organización eclesiástica los concentre y controle, con los inconvenientes de poder que esto traería.

La sociedad del conocimiento, aquella en la que la formación académica y el uso de lo aprendido son la base del desarrollo, se estableció en los últimos treinta años en el mundo y confirman la preocupación de Smith por la educación. Poco se ha dado el debate sobre sus ideas en este campo en Colombia, que sería conveniente para lograr aportes que permitan dar el salto que cierre la brecha entre los países con un desarrollo integral y aquellos que, como el caso colombiano, aún les falta camino por andar Φ

REFERENCIAS

Adam Smith. En línea. Internet. Accesible en http://es.wikipedia.org/wiki/Adam_Smith. (Consulta 24-01-2009).

Blaug, Mark (1985), *Teoría económica en retrospectiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Franco, Gabriel, "Estudio preliminar", en Smith, Adam (1997), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Traducción de Gabriel Franco, México, Fondo de Cultura Económica, pp. VII-XXXII.

Ekelund, Robert B. y Hébert, Robert F. (1992), *Historia de la teoría económica y de su método*, Traducción de Jordi Pascual Escutia, Madrid, McGraw-Hill, pp. 105-112.

Elton, María, *Benevolencia y educación pública en Adam Smith*. En línea. Internet. Accesible en <http://www.cepchile.cl>. (Consulta 14-01-2009).

Jiménez Peña, G., *Adam Smith y su concepción de la universidad y de la educación a la luz de la Riqueza de las naciones*. En línea. Internet. Accesible en <http://philosophischebemerkingen.blogspot.com/2006/04/adam-smith-y-su-concepcin-de-la.html>. (Consulta 14-01-2009).

Ramírez, María Teresa y Téllez, Juana Patricia, "La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX", en Robinson, James y Urrutia, Miguel (Ed.) (2007), *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica-Banco de la República, pp. 459-515.

Sen, Amartya (2000), *Desarrollo y libertad*, Traducción de Esther Rabasco y Luis Toharia, Bogotá, Planeta.

Smith, Adam (1997), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Traducción de Gabriel Franco, México, Fondo de Cultura Económica.

Schneewind, Jerome (1995), "La filosofía moral moderna", en Singer, Peter (Ed.) *Compendio de ética*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 217-234.